

## ÍNDOLE ESCATOLÓGICA DE LA IGLESIA PEREGRINANTE

Vamos a meditar a partir del capítulo VII de la constitución dogmática *Lumen Gentium*. Su título es ya significativo: «*Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial*». Es un capítulo rico en contenido y consecuencias espirituales y pastorales. Con el término «índole» se expresa, como dice el diccionario de la Real Academia Española, «la naturaleza, calidad y condición de las cosas». Aplicado a la persona significa «la condición e inclinación natural propia de cada persona».

La escatología pertenece al ser y dinámica de la Iglesia, esto es, a su ontología y hacer en la historia, a su verdadero «carácter», identidad, presencia y acción en medio del mundo. Ahora bien, y es necesario notarlo desde el inicio, el sentido teológico del término escatología desborda el sentido dado por la Real Academia de la Lengua española<sup>1</sup>. Para la fe apostólica, la escatología significa que han llegado la plenitud de los tiempos. San Pablo escribía a la comunidad de los gálatas:

Digo además que mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo siendo como es dueño de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta la fecha fijada por su padre. Lo mismo nosotros, cuando éramos menores de edad, estábamos esclavizados bajo los elementos del mundo. Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios. (Gal 4, 1-7)

Por ello la comunidad cristiana está llamada a *vivir el presente desde el futuro* que nos ha sido dado ya en Jesucristo. Él inicia y consume la fe, como enseña la carta a los hebreos (cf. Heb 12, 1ss). La plenitud de los tiempos es obra de Dios. En nuestro peregrinar, estamos en la etapa final.

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. (Heb 1, 1-2)

Cierto, para algunos el término «escatología» no goza de buena prensa, pues en el pasado no siempre se pensó cómo el futuro que nos has sido dado en Cristo está determinando nuestro ser y hacer en el mundo. Por ello, al inicio de esta meditación quiero recordar lo que Juan Pablo II en su encíclica sobre la Eucaristía escribió y enseñó sobre «la tensión escatológica» propia del sacramento de la fe, amor y esperanza, que es la Eucaristía.

Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un « cielo nuevo » y una « tierra nueva » (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

---

<sup>1</sup> He aquí lo que dice el diccionario de la real academia: escatología: «(Del gr. exjatos, último y -logía) f. Conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba.» «Escatológico, ca., adj. Perteneciente o relativo a las postrimerías de ultratumba». La escatología, según la opinión más común, trata del fin del mundo, de la resurrección, del juicio final.

Y en el programa pastoral para el presente milenio, Juan Pablo II afirmaba la originalidad del cristianismo en estos términos:

*¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia!* En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, « en la plenitud de los tiempos » (Gal 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, es por medio él, Verbo e imagen del Padre, que « todo se hizo » (Jn 1,3; cf. Col 1,15). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano (cf. Mc 1,15), más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (cf. Mc 4,30-32), en nuestra historia. (NMI 5)

La ideología y mentalidad pietista o espiritualista con la que se presentó en ocasiones la «escatología», hay que reconocerlo, no siempre se correspondió con su significado profundo. Los escritos apostólicos se mueven en el «ya» y el «todavía no». El «ya» realizado en Cristo determina el ser y el devenir en la historia de la comunidad de los renacidos en Cristo. Jesús dijo a los discípulos que volvían muy contentos de la misión, pues hasta los demonios se les sometían:

«Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado el poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo». (Lc 10, 18-20)

Las cartas apostólicas no cesan de darnos pautas para vivir en el mundo desde lo que somos ya en Cristo y estamos destinados a ser en él (cf. 1Jn 3, 1s). Peregrinamos en el mundo, al servicio del designio del Padre de recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra (cf. Ef 1, 9-10). Por ello «el impulso escatológico de la Eucaristía», por usar la expresión del Papa, es decisivo para pensar y llevar a cabo la misión de la Iglesia en este mundo. Jesús dijo a Nicodemo: para ver y entrar en el reino de Dios hay que renacer de nuevo del agua y del Espíritu. El Reino nos urge a la conversión y la fe. Al final del «Sermón del Monte», Jesús afirma: no basta decir «Señor, Señor», para entrar el Reino. Es necesario escuchar y poner en práctica sus palabras, pues él es el camino, la verdad y la vida. Enviado por el Padre en el Espíritu, Jesucristo «es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13, 8). Él nos alerta a sus seguidores:

Cuidado con los profetas falsos; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da frutos buenos; pero el árbol dañado da frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Aquel día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?”. Entonces yo les declararé: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad”. (Mt 7, 15-23)

Por ello es importante interrogarnos cómo vivimos y actuamos de acuerdo con el verdadero carácter o índole escatológica de la Iglesia y de la Eucaristía que hace a la Iglesia. Sólo así, según creo, tomaremos en serio la llamada del Papa Francisco a desarrollar «una Iglesia en salida». De otra forma existe el riesgo de quedarnos en la repetición de un eslogan. Señaló brevemente alguno de los elementos fundamentales del capítulo VII de la constitución sobre la Iglesia.

## **1.- «PEREGRINOS DE LA ESPERANZA».**

El capítulo arranca afirmando cómo la Iglesia está de camino hacia «su consumada plenitud en la gloria celeste». Esto supone tomar conciencia, en primer lugar, de que todos estamos llamados en Cristo Jesús. La

Iglesia es «el pueblo de los convocados». La Iglesia es la comunidad de los santificados por la gracia de Dios. Estamos en la economía de la gracia y no de la ley. La Iglesia alcanzará su plenitud en Cristo junto con el género humano y la creación entera.

La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios, no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (cf. *Hch* 3, 21) y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo (cf. *Ef* 1, 10; *Col* 1,20; *2 P* 3, 10-13). (LG 48)

Esta afirmación nos interroga cómo vivimos y cultivamos, en nosotros y con los que compartimos la fe, la dinámica existencial de la vocación en Cristo. Jesús nos sigue diciendo: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca». (Jn 15, 16) Él es quien llama y santifica mediante el don del Espíritu de santidad, verdad, libertad y comunión, para que cultivemos en el mundo el designio divino de recapitular en Cristo, todas las cosas del cielo y de la tierra. El Papa Francisco ha denunciado la tentación de la autorreferencialidad. San Pablo escribía a la pequeña comunidad de Roma:

Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. (Rom 8, 18-24)

La Iglesia está llamada para caminar en Cristo, con él y por él, hacia el Padre en el Espíritu Santo. Y, por lo mismo, es necesario caminar en la comunión, dependencia y obediencia al Padre, así como en una real solidaridad con los hombres y mujeres, con la creación entera. De otra forma corremos el peligro de caer en la dinámica propia de la secta, de una comunidad replegada sobre ella misma.

En esta perspectiva, es decisivo tomar conciencia lo que supone vivir y caminar en la dinámica de la encarnación redentora. En efecto el Concilio afirma, a continuación, cómo el Cristo pascual «envió sobre sus discípulos el Espíritu vivificador, y por él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación». En un párrafo denso y rico recuerda cómo la Iglesia debe estar y vivir en el mundo como signo e instrumento del designio de Dios realizado en la carne de su Hijo enviado al mundo y a favor del mundo. Releamos este texto central:

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. *Jn* 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (*Rm* 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por El hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por El continúa en la Iglesia, en la cual ***por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación*** (cf. *Flp* 2, 12). ***La plenitud de los tiempos ha llegado***, pues, a nosotros (cf. *1 Co* 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. *2 P* 3, 13), ***la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que***

*pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios* (cf. Rm 8, 19-22).

El Concilio nos adentra así en la dialéctica del «ya» y del «todavía no», que la Iglesia debe cultivar en el mundo y a favor del mundo. Pero lo hace con una insistencia muy significativa. En Cristo, enviado en una carne semejante a la del pecado, el «ya» y el «todavía no» han alcanzado su consumación como enseña la carta a los hebreos:

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec. (Heb 5, 7-10)

La historia de la salvación, tal como se narra en las Escrituras, revela las relaciones de Dios con el hombre desde los orígenes hasta la plenitud de los tiempos, que ha irrumpido en Jesucristo y avanza en el presente hacia su plenitud definitiva. Los peregrinos de la esperanza, por tanto, estamos llamados a caminar con la fe propia de quienes son conscientes de ser en la tierra el cuerpo del Resucitado. Cuando falta esta conciencia en el pueblo de Dios, corremos el riesgo de reducir la Iglesia a un grupo religioso o a un club ético o una ONG de la caridad. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo resucitado en la tierra.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él. (Col 3, 1-4)

Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito». Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios. Y los miembros del cuerpo que nos parecen más despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro; mientras que los más decorosos no lo necesitan. Pues bien, Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él, para que así no haya división en el cuerpo, sino que más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. (1Cor 12, 20-27)

El «ya» y el «todavía no», tal como se ha realizado en la carne del Hijo enviado por el Padre, constituye nuestra esperanza teológica, verdadero don de Dios. El dogma de la Asunción de María habla en este sentido. «Todo impulso vital, toda gracia que recibimos de Cristo es en realidad una comunicación de su vida gloriosa que prepara, refuerza y confirma la glorificación definitiva de su Iglesia y de quienes están unidos a ella». La Iglesia recibe la gracia de su Cabeza. Es preciso tomar conciencia de ello.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, *nos ha regenerado para una esperanza viva*; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final. (1P 1, 3-5)

Así se ilumina el sentido de la evangelización, la espiritualidad y la acción pastoral. La evangelización, tal como la vive la Iglesia apostólica, es la proclamación, de palabra y obra, del cumplimiento de las promesas

de Dios en Jesucristo; la espiritualidad consiste en dejarse conducir por el Espíritu de santidad; y propio de la acción pastoral es posibilitar que la comunidad cristiana camine en la esperanza que no defrauda, esto es, en Jesucristo muerto y resucitado. Y todo, para ser, en el mundo y a su servicio, un signo e instrumento, del amor de Dios. Así lo afirma el Concilio en GS 45.

La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre.

El amor de Dios al hombre es el camino a seguir por el pueblo peregrino de la esperanza. Y esto precisamente por su índole escatológica. Y aquí quiere releer un párrafo del número ya citado del Papa Juan Pablo II sobre el impulso escatológico de la Eucaristía:

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (*1 Cor* 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo « eucarística ». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (*Ap* 22, 20). (EDE 20)

## 2.- «LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS»

En el Credo confesamos: «Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna». La fe apostólica afirma así que la Iglesia peregrina está religada a todos los que son ya de Cristo o están destinados a serlo, es decir, a los que se preparan en el Purgatorio, como a los que ya han entrado en la gloria del Señor, en particular de María, los apóstoles, mártires... etc. Y lo evoca esta afirmación paulina: «Porque todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu, crecen formando una sola Iglesia y se unen entre sí en él» (*Ef* 4, 16).

Así, pues, hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de sus ángeles (cf. *Mt* 25, 31) y, destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas (cf. *1 Co* 15, 26-27), de sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando «claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es»; mas todos, en forma y grado diverso, vivimos unidos en una misma caridad para con Dios y para con el prójimo y cantamos idéntico himno de gloria a nuestro Dios. Pues todos los que son de Cristo por poseer su Espíritu, constituyen una misma Iglesia y mutuamente se unen en El (cf. *Ef* 4, 16). La unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se robustece con la comunicación de bienes espirituales. Por lo mismo que los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad, ennoblecen el culto que ella ofrece a Dios aquí en la tierra y contribuyen de múltiples maneras a su más dilatada edificación (cf. *1 Co* 12, 12-27). Porque ellos, habiendo llegado a la patria y estando «en presencia del Señor» (cf. *2 Co* 5, 8), no cesan de interceder por El, con El y en El a favor nuestro ante el Padre, ofreciéndole los méritos que en la tierra consiguieron por el «Mediador único entre Dios y los hombres, Cristo Jesús» (cf. *1 Tm* 2, 5), como fruto de haber servido al Señor en todas las cosas y de haber completado en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Col* 1,24). Su fraterna solicitud contribuye, pues, mucho a remediar nuestra debilidad. (n. 49)

Es importante cultivar de manera correcta personal y comunitariamente esta dimensión, pues el cuerpo de Cristo resucitado abraza el pasado, el presente y el futuro, al que nos encaminamos en el Espíritu. Y esto tiene una gran importancia para una vivencia correcta de la misma liturgia. La confesión de nuestras culpas la hacemos ante María y los santos. Damos gracias y cantamos el santo con los ángeles y los peregrinos que han llegado ya a la gloria. La plegaria eucarística hace memoria de los difuntos que murieron en Cristo; y

ruega: «Padre de bondad «que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y los santos; y allí, junto con la creación libre ya del pecado y de la muerte, te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes». ¿Somos conscientes de esta maravilla, de esta comunión con todos los incorporados a ser santos en Cristo Jesús?

La Iglesia de los viadores, teniendo perfecta conciencia de la comunión que reina en todo el Cuerpo místico de Jesucristo, ya desde los primeros tiempos de la religión cristiana guardó con gran piedad la memoria de los difuntos y ofreció sufragios por ellos, «porque santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados» (2 M 12, 46). Siempre creyó la Iglesia que los Apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado el supremo testimonio de fe y de caridad con el derramamiento de su sangre, nos están más íntimamente unidos en Cristo; les profesó especial veneración junto con la Bienaventurada Virgen y los santos ángeles e imploró piadosamente el auxilio de su intercesión. A éstos pronto fueron agregados también quienes habían imitado más de cerca la virginidad y pobreza de Cristo y, finalmente, todos los demás, cuyo preclaro ejercicio de virtudes cristianas y cuyos carismas divinos los hacían recomendables a la piadosa devoción e imitación de los fieles.

Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cf. *Hb* 13, 14 y 11, 10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cf. *2Cor* 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. *Hb* 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio.

La Iglesia peregrinante posee ya ahora la vida y gracia proveniente de la Cabeza, Cristo. En la liturgia se une a su ofrenda y sacrificio de alabanza, junto con los santos, esto es, con los que están ya en la gloria. Así lo celebra la Iglesia en el sacramento de la Eucaristía. La Iglesia, cuerpo de Cristo, se ofrece en él y con él en sacrificio de alabanza por la salvación del mundo junto con los santos de ayer, de hoy y de mañana. «Esta glorificación de Dios es, sin duda, la expresión más noble de nuestra unión mutua y anticipación más directa e inmediata de lo que sucederá al final de los tiempos cuando, después de la resurrección gloriosa de los cuerpos seamos transformados enteramente en Cristo». Así lo proclama el libro del Apocalipsis.

La raíz y fundamento de esta perspectiva de la fe, se halla en el misterio de la encarnación redentora. «Y el Verbo se hizo carne». Asumió la carne, para que toda carne, una vez liberada del poder del pecado por medio de su Pascua y vivificada por el Espíritu de santidad, alcanzará su plenitud como el Cuerpo del Resucitado. No estamos ante la simple inmortalidad del alma. «Creo en la resurrección de la carne». No podemos reducir la liturgia a una simple devoción, como ha sucedido y sucede en ocasiones.

Conviene insistir en este punto, pues no siempre se presenta con bastante nitidez la finalidad del misterio de la encarnación redentora. El Verbo eterno, enviado en una carne semejante a la del pecado, incorporó a sí mismo a todo hombre y mujer (así como la creación, pues del polvo de la tierra fue modelado el ser humano), respetando su personalidad y libertad, para que pudieran unirse a él mediante el don del Espíritu, participando así de su condición divina, dando el verdadero culto en verdad y santidad al Padre, hasta que Dios sea todo en todos. Así lo evoca el apóstol cuando afirma:

Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo, en su venida; después el final, cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, poder y fuerza. Pues Cristo tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte, porque lo ha sometido todo bajo sus pies. Pero, cuando dice que ha sometido todo, es evidente que queda excluido el que le ha sometido todo. Y, cuando le haya

sometido todo, entonces también el mismo Hijo se someterá al que se lo había sometido todo. Así Dios será todo en todos. (1Cor 15, 20-28)

Este texto muestra cómo el reinado de Cristo se va realizando a través de la incorporación de la humanidad a él. La carta a los hebreos enseña cómo en el Hombre Jesús alcanzó mediante la obediencia su perfección y nuestra perfección. Y todo por amor. Así va creciendo, si así puede hablarse, el Cristo total hasta que Dios sea todo en todo. Pues bien, quien cree esto se siente urgido a sumergirse en el amor de Cristo al Padre y a los hermanos.

Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. (2Cor 5, 14-17)

### **3.- RELACIÓN CON LOS SANTOS DE LA IGLESIA PEREGRINA.**

Damos un paso más y nos interrogamos sobre cómo debe ser nuestra relación con los que nos han precedido en la fe e incorporación a Cristo en la historia. Para ello tengamos en cuenta lo que Pablo escribía a la comunidad de Corinto, para recordarle que mientras caminamos en la tierra «estamos como desterrados lejos de Cristo», o dicho con otras palabras, avanzamos como peregrinos de la esperanza. Vivimos la dialéctica del «ya» y «el todavía no». La esperanza se nos da. No la construimos los hombres.

Porque sabemos que si se destruye esta nuestra morada terrena, tenemos un sólido edificio que viene de Dios, una morada que no ha sido construida por manos humanas, es eterna y está en los cielos. Y, de hecho, en esta situación suspiramos anhelando ser revestidos de la morada que viene del cielo, si es que nos encuentran vestidos y no desnudos. Pues los que vivimos en esta tienda suspiramos abrumados, por cuanto no queremos ser desvestidos sino sobrevestidos para que lo mortal sea absorbido por la vida; y el que nos ha preparado para esto es Dios, el cual nos ha dado como garantía el Espíritu. Así pues, siempre llenos de buen ánimo y sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, estamos desterrados lejos del Señor (*estamos peregrinando hacia el Señor*), caminamos en fe y no en visión. Pero estamos de buen ánimo y preferimos ser desterrados del cuerpo y vivir junto al Señor. Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarlo. Porque todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir cada cual por lo que haya hecho mientras tenía este cuerpo, sea el bien o el mal. (2Cor 5, 10)

Ante todo debemos recordar cómo los que nos han precedido en la fe y participan ya de la gloria interceden en Cristo resucitado por nosotros. Ellos nos enriquecen. En efecto, como miembros eminentes del cuerpo del Resucitado contribuyen con su vida y testimonio a nuestro caminar como peregrinos hacia la plenitud de vida en la Gloria. No olvidemos la meta a la que nos encaminamos en el Espíritu de la verdad y santidad. La carta a los efesios la explicita en estos términos:

hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor. (Ef 4, 13-16)

Se trata, por otra parte, a vivir conscientes nuestra vocación. Somos llamados por gracia a contribuir a la formación del «Hombre perfecto», esto es, a formar el Cristo total. Los peregrinos de la esperanza, animados por el Espíritu, estamos destinados a reflejar la luz y gloria del Señor en el mundo, en todas las etapas de la

existencia humana. La vida de los santos nos impulsan a caminar con gratitud, confianza y determinación hacia el descanso sin ocaso (cf. Heb 4, 1-13). Se trata de irradiar en el mundo la fragancia del conocimiento de Cristo, como enseña el apóstol de las gentes.

Doy gracias a Dios, que siempre nos asocia a la victoria de Cristo y difunde por medio de nosotros en todas partes la fragancia de su conocimiento. Porque somos incienso de Cristo ofrecido a Dios, entre los que se salvan y los que se pierden; para unos, olor de muerte que mata; para los otros, olor de vida, para vida. Pero, ¿quién es capaz de esto? Por lo menos no somos como tantos otros que negocian con la palabra de Dios, sino que hablamos con sinceridad en Cristo, de parte de Dios y delante de Dios. (2Cor 2, 14-17)

Si hemos comprendido bien que nuestra devoción a los santos y, en particular, a María, acontece en Cristo resucitado, lejos de distanciarnos de él nos llevará a comprender mejor cómo nos hallamos insertos en el Cristo total, para celebrar y dar testimonio del triunfo del Hijo enviado en la carne, «que murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras...». Así lo atestigua el kerigma apostólico (1Cor 15, 1-11; cf. Rom 4, 25)

Y es en la comunión de los santos que encontramos también el fundamento último de nuestra intercesión en favor de la Iglesia purgante. Oramos por los difuntos porque creemos en la resurrección de los muertos en Cristo.

Esta rica perspectiva de la comunión de los santos nos interroga sobre cómo vivimos y ayudamos a vivir una auténtica religiosidad popular. No se trata de criticar la religiosidad popular, sino de evangelizarla. El Papa Francisco nos recordó la importancia de la atención espiritual a los pobres.

Puesto que esta Exhortación se dirige a los miembros de la Iglesia católica quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria. (EG 200)

#### **4.- LA ÍNDOLE ESCATOLÓGICA DE LA IGLESIA Y LOS INSTITUTOS SECULARES.**

Tratemos ahora de precisar cómo los Institutos seculares estamos llamados a vivir en la secularidad el carácter escatológico de nuestro ser y vivir en el Cuerpo del Resucitado.

1. ***El carácter escatológico y la secularidad consagrada.*** «El impulso escatológico» de la Eucaristía, como hemos visto, lejos de alejarnos del devenir del mundo nos obliga a trabajar de tal modo que imprimamos la dinámica eucarística en la transformación del mundo. Es nuestra manera de trabajar la materia del Reino de Dios (cf. GS 38). El designio de Dios es que todo sea recapitulado en Cristo. Y esto supone liberar la humanidad entera y la misma creación del poder del pecado. Restaurar todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo, es lo que nos urge a vivir el misterio de la encarnación en su dinámica liberadora y redentora de cuando yace bajo el poder del pecado. En esta perspectiva, el carisma de la secularidad consagrada es un don del Espíritu a la Iglesia, para acentuar cómo el triunfo de Jesús resucitado de entre los muertos nos urge a trabajar para que el mundo avance hacia «el todavía no», desde «el ya» del dinamismo de la resurrección presente en la historia.

Quien toma conciencia de esto, en medio de las alegrías, pruebas y dificultades inherentes a la misión, avanzará con firmeza, confianza, libertad, serenidad y acción acción de gracias. Como siervo bueno y diligente, hace todo lo que puede, con la conciencia de ser un siervo inútil, como recordó Jesús. Una oración

de Pablo nos enseña cómo estamos llamados a caminar con gran humildad y confianza, pues nosotros pasamos, pero Dios que inicio la obra buena, la prosigue hasta su plenitud. «Doy gracias a mi Dios cada vez que os recuerdo; siempre que rezo por vosotros, lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy. Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús». (Flp 1, 3-6) Jesús, el Buen Pastor, vivió su misión con esta serena y confiada convicción. «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, lo que me ha dado, es mayor que todo, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.» (Jn 10, 27-30)

2. **La vivencia de los sacramentos de la fe.** ¡Creo en la comunión de los santos! Esta dimensión de nuestra fe la vivimos de forma particular en la liturgia de la Eucaristía. Si es Cristo quien bautiza, si es Cristo quien en la Eucaristía nos preside, se entrega y nos incorpora a su cuerpo resucitado, estamos llamados a avanzar en comunión con todos los que nos precedieron y con los que vendrán después de nosotros en el advenimiento del reino de Dios, de los cielos nuevos y la tierra nueva. De ahí la importancia de vivir abiertos al pasado y al futuro en una profunda solidaridad. Así lo atestigua el hecho que María y los santos, así como los ángeles, están presentes a lo largo de toda la celebración eucarística. En una palabra la Iglesia peregrina vive su liturgia unida en Cristo resucitado a la asamblea celeste. Es importante orar en Cristo junto con todos los santos.
3. **En el seno de la comunidad de los peregrinos de la esperanza.** La Iglesia, como enseña el Concilio Vaticano II, es el germen del reino de Dios que el Señor sembró e hizo presente en la historia (cf. LG 5). Dios nos asocia por gracia a su obra creadora y liberadora. Lo hace, como comenta san Ireneo, para dignificarnos. Trabajar en el designio de Dios es un honor y no un peso, si lo miramos desde la fe. Para ello nos ha enriquecido con sus dones y carismas. En unión con los demás peregrinos del pueblo de Dios, contribuimos al advenimiento del reino de Dios. Es una verdadera gracia, que estamos llamados a cultivar en la perspectiva eucarística.

Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos los libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirán en oblación acepta a Dios. El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial. (GS 38)

La belleza de la celebración eucarística se halla en su dinamismo interno, esto es, en la comunión fraterna y en la degustación del banquete celestial, esto es, en preparar la materia del reino de los cielos. Trabajemos, por tanto, estando vueltos hacia la venida del Señor; pero con la decisión de devenir el cuerpo de Cristo entregado, para llevar adelante la transformación del mundo de acuerdo con el dinamismo eucarístico.

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (1Cor 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo « eucarística ». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (Ap 22, 20). (EDE 20)

4. **Canta y camina.** Las consecuencias espirituales podrían desarrollarse; pero me limito a leer un emotivo texto de san Agustín que leemos en el oficio de lecturas del último día del año litúrgico: «Por tanto, hermanos míos, cantemos ahora, no para deleite de nuestro reposo, sino para alivio de

nuestro trabajo. Tal como suelen cantar los caminantes: canta, pero camina; consuélate en el camino cantando; pero no te entregues a la pereza; canta y camina a la vez: ¿Qué significa “camina”? Adelanta, pero en el bien. Porque hay algunos, como dice el Apóstol, que adelantan de mal en peor. Tú, si adelantas, caminas; pero adelante en el bien, en la fe verdadera, en las buenas costumbres; canta y camina.» (Sermón 256)

Y para concluir, releamos lo que dice la carta a los hebreos a la comunidad, tentada de añorar el pasado, en lugar de caminar con gozosa con esperanza hacia el futuro que viene a nuestro encuentro.

No os dejéis arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas; lo importante es robustecerse interiormente por la gracia y no con prescripciones alimenticias, que de nada valieron a los que las observaban... Jesús, para consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera de la puerta. Salgamos, pues, hacia él, fuera del campamento, cargados con su oprobio; que aquí no tenemos ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura. Por medio de él, ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que confiesen su nombre.

No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios. Que el Dios de la paz, que hizo retornar de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, Jesús Señor nuestro, en virtud de la sangre de la alianza eterna, 21 os confirme en todo bien para que cumpláis su voluntad, realizando en nosotros lo que es de su agrado por medio de Jesucristo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (Heb 13, 9. 12-16.20-21)